

Este texto se pregunta por la identidad profesional ligada a la práctica de la comunicación social. Recupera los distintos momentos que marcaron la actual forma de encarar la formación en este campo, signado por la inconformidad, la voluntad de conocimiento y la constante transformación. En definitiva, la identidad de la que habla involucra preguntas más que certidumbres, diversidad más que permanencia. Por último, plantea los derechos y responsabilidades relativos a un quehacer en permanente construcción.

UNA MIRADA Y UNA PRÁCTICA COMUNICACIONALES EN CONSTANTE CONSTRUCCIÓN ¹

Estamos aquí convocados por la pregunta por nuestra identidad profesional, convocados por una incertidumbre profunda respecto de lo que somos y de lo que podemos ser. Presencia compleja, la nuestra, porque a la vez la incertidumbre nos toca como educadores; si la identidad no está clara para nosotros, ¿qué claridades podremos proyectar a nuestros estudiantes?

¿Y si fuera a la inversa? ¿Y si los convocados estuviéramos sostenidos por una terca certidumbre? ¿Y si nos sintiéramos con las raíces y el cuerpo de granito, como si nadie pudiera cuestionar nuestra mirada ni nuestro discurso? ¿Y si tuviéramos todo claro para siempre?

Nunca fueron buenas en ningún contexto social, ni en ninguna institución universitaria, las excesivas certidumbres. Es preferible una constante crisis a una seguridad anclada en pobres certezas sostenidas por más pobres alfileres.

En mi tierra, la Argentina, vivimos la evaluación de la universidad, con sus resistencias, sus intentos de cambiar algo para dejar todo igual y sus honestos intentos de transformación. Hay todavía muchos espacios sujetos a la certidumbre de la cátedra y de viejas maneras de enseñar, y de condenar a aprender, hay seres dispuestos a sostener profesiones para siempre, como si el tiempo se congelara en torno a dispositivos académicos. Campo yermo, del cual sólo fructifican pobres profesionales cada vez más rezagados con relación a la velocidad de los cambios sociales.

Poco tiempo le queda a esas precarias seguridades. En la Universidad Nacional de Cuyo, a la cual pertenezco desde 1993, me tocó coordinar la evaluación realizada durante 15 meses entre 1994 y 1995. Sobre la base de ella trabajamos en la actualidad un plan de desarrollo institucional para los próximos cinco años, del cual extraigo algunos elementos.

Para poder situarnos en lo que sucede en la Argentina y en el plano internacional, planteamos un cuadro de la universidad en el contexto contemporáneo:

- Interdependencia, fragilidad, inestabilidad, alianzas.
- Desempleo, pobreza.
- Crecientes desigualdades norte-sur, ricos-pobres, acceso-exclusión a la educación.

- Incertidumbre sobre el futuro.
- Impacto de nuevas tecnologías: comunicaciones, biotecnología, electrónica.
- Competencia. Universalización de estándares de calidad universitaria.
- Crecimiento y expansión del conocimiento.
- Valorización del conocimiento como recurso.
- Reconocimiento del valor de la educación a nivel personal e institucional.
- Aumento de la demanda de educación.
- Deterioro ambiental.
- Restricción presupuestaria.
- Creciente deuda externa.
- Demanda social de eficacia y eficiencia institucional.
- Fortalecimiento de la sociedad civil.
- Pérdida de credibilidad en la actividad político-partidista.
- Violencia e inseguridad.
- Deterioro y pérdida de significación de los espacios públicos tradicionales.
- Exacerbación de la cultura mediática².

Frente a ese panorama, no queda mucho tiempo para sobrevivir con viejas estructuras, ni con certezas desmedidas.

Tal vez lo que nos mantiene vivos, lo que nos hace fuertes es la continuidad de la pregunta, abierta como una dulce herida que no podremos cerrar nunca.

De ser así, y para nosotros es así, toca convivir con aquélla, desplegarla en todas sus consecuencias, mantenerla como un horizonte destinado a recordarnos para siempre la aventura de una identidad en constante construcción.

La práctica de la evaluación no ha sido muy frecuente en nuestros establecimientos. Hemos sido muy duros con la crítica, pero no siempre la misma ha ido acompañada de una evaluación sistemática, basada en criterios consensuados y en un intento de llevar la mirada más allá del diario quehacer académico.

Evalúamos en un contexto institucional incierto, para buscar alternativas a lo que somos y con la conciencia del valor educativo de la evaluación. Evaluamos lo que somos para aventurarnos a otras maneras de ser³.

Desde esa perspectiva, comenzaré este trabajo con la recuperación de distintos momentos que nos fueron marcando en nuestra actual forma de encarar la formación en comunicación social.

Y lo haré desde un primer principio: el respeto por lo que hemos sido y lo que somos. Comencé mi vida en el periodismo profesional en 1965 y mi vida académica en nuestro campo en 1968. Si algo he aprendido en estos más de treinta años es a respetar nuestra mirada y nuestra práctica. Hemos vivido siempre con una inconformidad radical y con una voluntad de conocimiento y de

transformación maravillosas. Nos hemos equivocado tanto como cualquier ser humano, hemos hecho descubrimientos preciosos, hemos buscado en direcciones inimaginables allá por los 60. Y, sobre todo, hemos conformado en el territorio latinoamericano un vasto movimiento, basado en la diversidad y en las incansables preguntas, que no está llamado a agotarse en los próximos años.

Es desde ese respeto que presentaré mis argumentos; si sobreviene la crítica es porque tiene uno el derecho de plantearla a un ámbito que ama mucho.

Mirar lo evidente

La pregunta por quiénes somos no se sostiene en el presente, está allí, como un delgado umbral, a punto de volcarse hacia el futuro y sostenida por una historia. No podemos preguntar sino desde lo que hemos sido y no podemos responder sin una mirada a nuestras anteriores maneras de asumir la identidad.

Podría elegir, para asomarme a más de cuatro décadas de desarrollo de nuestra especialidad, la actitud de quien siente todo pasado como un pantano de errores. No me interesa ese camino. Prefiero leer desde las búsquedas, desde el empecinamiento en encontrar una identidad otra, de las constantes deconstrucciones para ampliar la mirada y la práctica.

Porque de eso se ha tratado siempre, de la mirada y de la práctica. Una mirada comunicacional y una práctica de comunicación.

Por los años 60, cuando comenzó la fundación de nuestras carreras, la mirada alcanzaba sólo para lo más evidente. Uno no ve muy lejos cuando nace, verdad, pero tampoco es cuestión de lamentarse de los primeros encuentros con la vida.

(El nacimiento de nuestras carreras no fue el nacimiento de la comunicación, ni mucho menos de la mirada destinada a reconocer lo comunicacional. Las búsquedas y las prácticas tienen varios siglos en el terreno de la poética, la retórica y la filosofía.)

Ni tampoco es cuestión de andar lamentándose toda la vida de quienes nos engendraron. Nacimos del periodismo, es decir, de una cotidiana y concreta práctica de comunicación, de un trabajo discursivo elegido como modo de existencia. Nacimos de seres confrontados a diario con otros, de seres de relación y de interacción con el contexto, con los juegos de poder, de seducción, de mentiras y verdades de cualquier sociedad.

Por mi parte, no renuncié jamás a esos orígenes. Para un comunicador el trabajo discursivo, la capacidad de relación y de interacción con el contexto, son un destino, son parte visceral de su identidad⁴.

Cierto que los padres heredan también sus defectos. Nos marcó malamente en aquel nacimiento la soberbia de la teoría de los efectos, la creencia en el todopoder de los mensajes, la petulancia crecida en el error de pretenderse dueño de

instrumentos discursivos capaces de cambiar vidas y de torcer tendencias sociales. Aún hoy resuenan aquellas viejas maneras de sentirse y de situarse ante los demás.

No nos fue suficiente esa mirada demasiado atada a lo más evidente, como si todo lo comunicacional se agotara en los límites de la emisión y como si ésta pudiera influir sin remedio y sin mediaciones en cualquier sociedad⁵.

El fin de la infancia

Aquella primera identidad no duró demasiado. Apenas diez años más tarde de la fundación de escuelas por todas partes de América Latina, comenzó a resquebrajarse como un espejo envejecido. De un lado el impacto de la discusión en torno a las políticas de comunicación y de otro la irrupción de la lectura crítica de la sociedad y de los mensajes, comenzaron a horadar esa precaria primera identidad, centrada en el emisor rey y en el poder de la información.

Reconocer los tentáculos de los centros mundiales de comunicación, abrirse a la necesidad de pensar líneas generales para asegurar un cierto ordenamiento de esos flujos de información, fue constituyendo una mirada diferente a la pretendida objetividad de lo que se nos hacía llegar a través de agencias internacionales. Mirada crítica hacia las intenciones de los medios y de los periodistas; hacia los sistemas de propiedad y las tendenciosas maneras de presentar nuestras culturas. Y mirada crítica hacia la superficie de los mensajes, en un intento por ir más allá de ella, para penetrar en desbordes de violencia y de cierre del discurso.

¿Nos lamentaremos hoy de aquellos embates contra una comunicación presentada en demasía como educadora de los pueblos y conductora de la opinión pública? ¿Diremos que crítica es cosa del pasado?

De ninguna manera. Aún con excesos, con desbordes propios de una mirada ansiosa de nuevos mundos, los 70 nos enseñaron a romper con las versiones idealizadas e idealizantes; nos trajeron las necesarias sospechas frente a tanto comunicado y tanto comunicador.

Fin de la infancia, entonces, fin de la marca del padre, al menos en lo que ella tuvo de ingenua y de cómplice.

No renunciamos a la crítica. Los monopolios mediáticos contemporáneos destruyen empleo, tienden a convertir a empresas del interior de nuestros países en terminales bobas; los enlatados sirven para llenar espacios y tiempos a fin de abaratar o eliminar el trabajo de muchos compañeros comunicadores⁶.

No renunciamos a una educación para los medios, a la capacidad de leer modelos sociales, mentiras, simulaciones, discriminaciones. No podemos llamar comunicador a alguien formado de tal manera que no es capaz de reconocer en su propia producción la presencia de estereotipos, de agresiones a algún sector de la sociedad.

En aquella década, la irrupción de corrientes semiológicas nos permitió no sólo una lectura crítica de distintas producciones, sino también el reconocimiento del trabajo sobre los signos como base de nuestra labor de comunicar. Cuando no terminamos empozados en líneas que acababan por congelar la práctica discursiva, pudimos abrirnos a la fiesta del lenguaje, a una pasión por la palabra y por la imagen.

Llamarse comunicador y tener problemas de comunicación constituye un contrasentido descomunal.

El fin de la inocencia nos marcó hondo. La mirada comunicacional se abrió a las relaciones sociales como conflicto y como trama del ejercicio del poder.

La interpelación desde la educación popular

Y se amplió más cuando fue interpelada desde el espacio de la educación popular. No sólo porque ésta reclamaba la lectura de relaciones e interacciones grupales, manifestaciones culturales de las que poco se ocupaba la universidad, sino fundamentalmente por lo que era necesario expresar.

La educación popular reclamó una comunicación diferente a la utilizada por los medios masivos, nos forzó a la personalización, al diálogo, a la ruptura de fórmulas cristalizadas en el ejercicio periodístico. Y nos invitó con toda fuerza a la escucha.

En los horrorosos años de las últimas dictaduras que desolaron nuestras tierras, la educación popular resistió y comprometió esa manera cercana de comunicar y de escuchar. La insistencia en la palabra, en la voz del otro, fue una de las apuestas más hermosas que se hayan dado en el terreno de la comunicación.

Comunicar a otro, a un ser determinado, escucharlo, fueron los tesoros que nos dejó para nuestra reflexión y nuestra práctica esa educación.

Verdad que vinieron luego, a mediados de los 80, las necesarias críticas: la descalificación del saber científico, de la educación formal y, en especial, de la universidad, la visión anclada en sesgos ideológicos, el encierro en pequeñas experiencias, el rechazo de otras, cierta ilusión utópica⁷.

Pero nada de eso opaca tanto esfuerzo y tanto amor, tanta búsqueda, tanta solidaridad. Y nada le quita la crítica a lo que aprendimos para la mirada y la práctica.

Planificar y producir

Dos momentos retomo en esta recuperación de lo vivido en apenas cuatro décadas: las experiencias en torno a la planificación de la comunicación que impulsamos con un grupo de queridos amigos desde CIESPAL (1982 a 1987) y la

continuidad de esas iniciativas en el proyecto de Radio Nederland Training Centre en Centroamérica (1988 a 1995).

La línea de planificación permitió un encuentro entre universitarios y comunicadores ligados a proyectos del Estado y de organizaciones de educación popular. Con RNTC el diálogo fue más allá para concretarse en la producción de materiales impresos y en audio, en torno a temas como la salud, la niñez, el medio ambiente, el espacio rural, la integración, entre tantos otros.

Aprendimos, a lo largo de más de una década, a reconocer y aportar a la comunicación en las organizaciones, a la revisión de formas de relación internas, interinstitucionales y con la sociedad en general; a comprender percepciones y maneras de disponer de la información; a producir confrontando los productos comunicacionales con la gente, dejando atrás la soberbia de un mensaje no probado con nadie y capaz de transformar a cualquiera.

Mirada comunicacional hacia el complejo e infinito juego de las relaciones en las diversas instituciones sociales, mirada acercada a la percepción ajena, a la producción con sentido para quienes necesitan apoyar sus prácticas cotidianas⁸.

Mediar los medios

En fin, en este itinerario, no dejamos de mencionar la emergencia de los estudios culturales y la recuperación de los alcances de la recepción para nuestra mirada. Ambas líneas fueron posibles por todo el itinerario anterior, por los llamados de la educación popular, por búsquedas incesantes en no pocos establecimientos de nuestra especialidad. Era inevitable llegar a ellas en un proceso de comprensión de la complejidad de lo comunicacional que nos fue alejando de aquellas primeras percepciones ingenuas de la década del 60.

El aporte de Martín Barbero, desde Colombia, todo un redireccionamiento de la reflexión y de la práctica.

Aprendimos en este tramo del itinerario que la comunicación es infinitamente más compleja de lo que suponían nuestros fundadores, que no se puede insistir en la descontextualización como forma de sostener alguna teoría y alguna orientación profesional, que en nuestro campo una vasta cultura en las ciencias sociales y una ruptura del punto de vista fijo son condiciones necesarias para seguir construyendo.

La universidad responsable

No están vacías nuestras manos si nos confrontamos con toda esa travesía. Sin embargo, aún con ella, continúa abierta la pregunta por la identidad profesional. Con tanto atesorado, pareciera que no alcanzamos a construir una figura con la cual sentirnos uno.

Los reclamos desde las empresas periodísticas continúan, hay espacios para los cuales nuestros graduados no estarían preparados, surgen otros, del impulso tecnológico, ni siquiera soñados hace apenas unos años.

Cuando la construcción de la mirada se desplazó desde la práctica periodística a la universidad, ésta asumió una responsabilidad para siempre en la búsqueda de la identidad. ¿Sólo a ella le corresponde esa tarea? Lo comunicacional no se constituye porque la universidad lo piense, está en las relaciones y en las interacciones sociales, en esto que llamamos cultura. Pero la profesionalización, la emergencia y legitimación entre otras profesiones, le corresponde de lleno a la universidad⁹.

Cuarenta años no serían suficientes como para construir una mirada y delimitar lo fundamental de una práctica. Todo lo cual se complica más si reconocemos que la universidad no ha estado durante ese tiempo sólo pensando nuestra profesión, sino poniéndola en obra a través de la educación. Curioso itinerario éste: una profesión que se fue constituyendo, hasta donde ha podido, mientras se la enseñaba. Venidos de la práctica periodística y de las ciencias sociales, los educadores comenzamos a pensar lo comunicacional.

Si extremamos las afirmaciones, podríamos aludir a una profesión nacida del acto de la docencia. Y como los docentes no habíamos sido formados en la comunicación, el proceso de legitimación fue mucho más lento; hubo que hacerse especialista en comunicación, hubo que reorientar la mirada desde otras disciplinas para que fuera delimitándose nuestro perfil.

Verdad que aquí y allá se avanzó con pasión y firmeza; verdad que los egresados comenzaron a hacer oír sus voces y pronto tuvimos cuadros de educadores nacidos en el marco de la profesión. Pero el vértigo de fundaciones de establecimientos de nuestra especialidad y la multiplicación de estudiantes, no permitieron que esos espacios de emergencia y de trabajo sobre el sentido y la identidad se extendieran por todo el continente.

Hay casos, y no pocos, a los cuales les corresponden todas las críticas desatadas contra una identidad balbuceante. No es justo, en relación con nuestra historia, que todavía encontremos egresados casi inhibidos en su capacidad discursiva, con miradas a medio construir, entre el deslumbramiento ante los medios y la confusión en torno a cómo actuar en el espacio de las organizaciones. No es justo que a alguien se le haga creer que podrá resolver situaciones de comunicación, cuando la preparación para ello ha consistido en un par de asignaturas de 30 horas cada una¹⁰.

Serás lo que aprendas

No es lo mismo, lo sabemos, un plan de estudios que una propuesta curricular en todas sus dimensiones y consecuencias. Pero durante demasiado tiempo los intentos de cambio se centraron en el primero, en el plano de la revisión de

contenidos o de la inclusión de nuevas asignaturas. Más o menos información, apertura hacia algo novedoso o hacia cierta orientación, daban lugar a revisiones que se quedaban en la superficie del problema.

Un currículum incluye, además de los muy importantes contenidos, un modelo pedagógico que lo sustenta. Concebimos la pedagogía como el intento de comprender y dar sentido al acto educativo, en cualquier edad y en cualquier circunstancia en que se produzca. Comprender y dar sentido en un ámbito de seres humanos.

El acto educativo tiene sentido por los aprendizajes que se logren a partir de él. Y para ellos se requiere de una adecuada mediación pedagógica. Con Francisco Gutiérrez caracterizamos en 1991 ese concepto como:

Una mediación capaz de promover y acompañar el aprendizaje de nuestros interlocutores, es decir, de promover y acompañar a los educandos en su tarea de construirse y de apropiarse del mundo y de sí mismos¹¹.

En lo que respecta a la oferta de un currículum, no es lícito prometer más de lo que se logrará por las oportunidades de aprendizaje propuestas. La pregunta por la identidad en la formación ofrecida por la universidad, se desplaza así a la pregunta por el aprendizaje para lograr la identidad. La mayor responsabilidad de una institución educativa y de un educador, pasa por lo que les hacen hacer a los estudiantes para que aprendan¹².

Los aprendizajes propuestos dependen de la mirada de la institución y de la de cada educador. Van exactamente hasta donde ellos alcanzan a mirar. ¿Alcanza a ver esa mirada la educación desde la comunicación? ¿Reconoce esa mirada la comunicación en la educación?

Otro desmesurado contrasentido: situaciones en las que se enseña comunicación en medio de una insoportable pobreza comunicacional. No hablo para nada del pasado. Aprender comunicación a través del viejo discurso universitario, constituye una manera de entrar a la profesión sin recursos ni pasiones.

El viejo discurso universitario carece de mediaciones pedagógicas, se centra en una palabra despersonalizada, empecinada en transmitir ciencia; cierra oportunidades de expresión, entiende poco y nada de medios audiovisuales, entiende a menudo menos de la interacción grupal. ¿Cómo formar comunicadores desde semejantes matrices?

A la universidad le ha costado mucho, aunque ahora comienza a balbucear en esa dirección, pensarse desde la comunicación, y mucho más pensar su enseñanza desde esa perspectiva.

El viejo discurso universitario

La formación de comunicadores fue hija del periodismo, señalamos antes, pero fue también hija del viejo discurso universitario. Si damos razón a quienes plantean matar al padre, en nuestro caso deberíamos intentar un doble parricidio. Aunque prefiero uno solo, el del viejo discurso universitario.

Nos hace falta un recorrido por nuestra historia para reconocer no sólo los temas de los cuales nos fuimos ocupando, sino también para recuperar las innovaciones pedagógicas orientadas a abandonar lo más posible ese viejo discurso. En la Argentina, desde mediados de los 60 y hasta la agresión a la universidad desde comienzos de 1975, se habían generalizado en algunas instituciones el taller y el seminario como formas de ruptura de la palabra todopoderosa del docente. Pero los años oscuros anclaron nuevamente a la universidad en el viejo discurso que no termina de desaparecer en nuestros países.

En muchos establecimientos se pretende enseñar comunicación sometiendo a los estudiantes a esa ilusión de aprendizaje consistente en escuchar y tomar apuntes. Así cualquiera termina siendo pasto de las críticas a la hora de enfrentar la profesión.

No es que sea necesario forzar cada asignatura para que quede enmarcada en la comunicación. La cuestión de vida o muerte profesional es que en todas las asignaturas se aprenda comunicacionalmente. Y esto requiere de una política de la institución. La libertad de cátedra no fue instituida como libertad para arruinar vocaciones o para humillar al otro con prácticas de aprendizaje pueriles.

Nos ha faltado, siento, una revolución de los aprendizajes en la constitución de nuestra identidad profesional.

Del viejo discurso universitario heredamos también la fragmentación y el aislamiento, expresados en la estructura de la cátedra tradicional. La cátedra, organizada en torno a un titular aferrado a una parcela de saber, es radicalmente opuesta a un ideal de comunicación. Vivimos todavía en muchos establecimientos una docencia a cargo de seres aislados, empecinados en mirar el mundo desde un punto de vista fijo. Interdisciplina y transdisciplina siguen siendo un sueño en muchas escuelas y facultades de nuestra especialidad.

Y, en fin, heredamos planes de itinerarios curriculares rígidos, sin opciones para aventurarse en otras líneas del saber, precisamente porque tales estructuras rígidas tienen pánico de la preciosa aventura del conocimiento y de la expresión.

Construirse como comunicador

Se ha hablado mucho de la necesidad de construir conocimientos. Pero en educación construir es, en primer lugar, construirse. Y ello se logra a través de los aprendizajes. Según sean éstos, un estudiante podrá terminar su carrera bien construido en su especialidad, mal construido e incluso destruido.

Del pasado podemos rescatar como ideal una buena construcción en la capacidad discursiva, en la relación y en la interacción con el contexto; en la lectura de situaciones comunicacionales; en la crítica a los medios y materiales; en la escucha, en la personalización, en la producción para los medios y las relaciones institucionales; en la especificación hacia determinadas líneas, como la salud, la niñez, el medio ambiente; en la capacidad de leer, vivir y producir cultura, y en la recuperación de la recepción.

Cuatro o cinco años de trabajo para lograr una construcción semejante darían sentido a más de un establecimiento. ¿Nos bastan las huellas de nuestra historia? ¿Conseguiremos, volviendo sobre ellas para profundizarlas, la tan ansiada identidad profesional?

No nos aferremos a lo logrado, por más que nos falte mucho por andar para hacerlo vida y práctica en muchos establecimientos.

Con Francisco Gutiérrez, desarrollamos un esquema destinado a poner en juego las instancias de aprendizaje. Se aprende con la institución, con el educador, con los medios y materiales, con el grupo, con el contexto y consigo mismo. No detallaré aquí cada uno de esos puntos. Estoy publicando en Buenos Aires, con La Crujía, un libro que llamé *La comunicación en la educación*, en el cual trabajo cada una de esas instancia desde el punto de vista de su posible *comunicabilidad* para promover y acompañar el aprendizaje. Los puntos de construcción mencionados más arriba requieren de innovaciones profundas en la manera de enseñar y en la institución toda¹³.

Las nuevas interpelaciones

Afirmamos antes que la universidad tiene una gran responsabilidad en la construcción de la identidad; pero no podrá nunca crearla sólo desde sí. El campo académico (que bien puede convertirse en dispositivo, a la manera de lo planteado por Foucault) es interpelado constantemente desde afuera. Hoy nuestras puertas y nuestros muros son sacudidos por las tecnologías de la información y de la comunicación y por las necesidades de visibilidad y de riqueza comunicacional de buena parte de las organizaciones sociales.

Potencialmente, las tecnologías dan por tierra las viejas maneras de enseñar, sujetas a un espacio y un tiempo sincronizados y a un educador dueño de la información y la palabra. Esto, del lado de la educación, tendrá consecuencias maravillosamente devastadoras. En pocos años, para retener a alguien en las aulas, será preciso ofrecerle oportunidades riquísimas de aprendizaje. No más prácticas ofensivas para la inteligencia y la capacidad de expresarse.

Pero hay otro lado: el del mundo digital, como ámbito de intercambios, de interacciones y de mercado. Las tecnologías nos interpelan no sólo en tanto recurso de comunicación, sino como medio ambiente cultural de comunicación.

La gran batalla de estos últimos años y de los primeros del siglo XXI (hasta donde alcanza nuestra mirada) será la de agregar valor comunicacional a los productos puestos a circular en las diversas redes. Valor que ya no depende de nuestras viejas maneras de construir un texto o de hilvanar imágenes. Todavía hay todo un universo por explorar y por crear en la hipertextualidad y en la multimedialidad.

Muchos establecimientos están llegando tarde a esos espacios. La comunicación en la sociedad se llena de todas maneras con algún tipo de profesional, no se detiene a esperarnos. Desde el CLADES, en la CEPAL, se viene promoviendo la figura de un gestor de la información; los informáticos comienzan a proponer soluciones comunicacionales, los diseñadores gráficos encuentran alternativas laborales en la producción de materiales.

Para agregar valor comunicacional es preciso apropiarse de ese universo tecnológico, investigarlo, tornarlo cotidiano en la enseñanza y en el aprendizaje¹⁴.

El reconocimiento de lo comunicacional por parte de distintas organizaciones sociales se ha tornado ya no una cuestión de toma de conciencia, sino de supervivencia. Y lo digo tanto para una pequeña empresa como para una universidad, pasando por todos los matices imaginables.

En 1973 lanzamos en Mendoza una orientación en comunicación universitaria y otra en comunicación municipal. He insistido años en muchos de nuestros países en la necesidad de trabajar la primera línea, pero no he obtenido mayores respuestas.

La universidad se ha pensado muy poco a sí misma desde lo comunicacional. Prueba de ello es la ausencia de reflexiones en torno a esa cuestión, la falta de encuentros para discutirla, la mínima inserción que los egresados de las facultades de comunicación tienen en su propia casa de estudios.

Gestión de comunicación

La gestión de la comunicación es hoy un recurso en crecimiento, en primer lugar porque toda gestión comunica y segundo porque se requiere de una gestión de la comunicación en medio de situaciones sociales caracterizadas por la incertidumbre. Esos gestores, capaces de pensar la organización desde la comunicación, han sido reconocidos en grandes empresas, pero falta formar esa figura para otras instancias del tejido social, sean ellas de la empresa privada, del Estado, de la educación o de otras líneas de la cultura.

La gestión de la comunicación comprende por lo menos la gestión de:

- información
- redes
- medios
- momentos comunicacionales
- conversaciones

- imagen a lo interno y a lo externo
- puntos de encuentro (entre los integrantes de la institución y de la institución con sus interlocutores)
- relación con otras instituciones
- relación con los medios
- relación con los interlocutores
- relación con la sociedad

Este crecimiento de la demanda comunicacional llevará a la necesidad de especializarse en determinadas líneas. No podemos partir de un todólogo, presuntamente capacitado para abarcar la comunicación universitaria o la comunicación para la salud en un ministerio. Para comunicar, por ejemplo, desde y en la universidad es necesario conocer la comunicación y conocer la universidad. Y todo esto no se improvisa. El futuro requerirá de gente capaz de despegarse de la mirada centrada en alguno que otro medio, pero a la vez especializada en determinados temas o tipos de organizaciones.

En la Universidad Nacional de la Plata, a través de un convenio entre su Facultad de Comunicación Social y La Crujía, se viene ofreciendo desde 1996 la Maestría en Planificación y Gestión de la Comunicación. Llevo en ese postgrado los cursos de Planificación y Gestión I y II. Los estudios están organizados en las siguientes áreas: Área Contextual, Área de Planificación y Gestión, Área de Investigación, Área Multimedia y Área de Seguimiento.

Entre otros puntos, el documento de modelo pedagógico expresa:

En tanto orientada hacia la comunicación, la Maestría asume que todos sus actos educativos están centrados en un esfuerzo comunicacional que comprende las relaciones presenciales y grupales, el trabajo con el contexto y con los textos. La base de la transdisciplina es la comunicación entre quienes participan en este proyecto educativo.

La experiencia con dos promociones y el inicio de la tercera nos han permitido reconocer la demanda de capacitación en planificación y gestión por parte de docentes universitarios, psicólogos, periodistas en ejercicio, sociólogos, trabajadores sociales, especialistas en salud, arquitectos, entre otros.

Visión de la UNESCO

Hace poco más de 15 días se realizó en París la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre educación superior. El encuentro tuvo todo el sentido, si se toma en cuenta que la organización internacional retomó con el mismo la iniciativa frente al avance de organismos financieros internacionales sobre lo que puede esperarse de la universidad.

Fue una reunión entre universitarios preocupados por el destino de la institución, en estos turbulentos tiempos en que lo sólido se empecina en disolverse en el aire.

En la declaración final, un primer punto marca diferencias con otras miradas: la alusión directa a la declaración universal de los derechos humanos y a otros pronunciamientos similares. El compromiso con tales principios constituye una interpelación clara y dura a nuestras casas de estudios.

Desde esa toma de posición, el documento pide una pedagogía diferente, con el educando como centro, con mayores y mejores oportunidades para el aprendizaje, con educadores capacitados para apoyar aprendizajes y no para continuar como transmisores de conocimientos.

Pide el trabajo inter y transdisciplinario, como alternativa para romper con una educación fragmentaria y como base para impulsar aún más los programas de investigación.

Pide que la universidad se convierta en un factor de opinión frente a los problemas sociales, como la pobreza, la violencia, el deterioro ambiental.

Pide una decidida apertura a la educación permanente, para ofrecer oportunidades de aprendizaje a toda la sociedad, tomando en consideración la recapacitación de los graduados y de las demandas de distintos sectores de la sociedad.

Pide una apropiación de las tecnologías de la información y de la comunicación para apoyo a la investigación, a la educación presencial y, sobre todo, a la educación permanente.

Pide el compromiso de la universidad con el resto del sistema educativo, a fin de asegurar un *continuum* desde los primeros años de la escuela hasta los estudios superiores.

Me pregunto si esos seis puntos de un verdadero programa para la universidad no podrían convertirse también en un programa para nuestras escuelas y facultades de comunicación social.

Más allá de la profesionalización

Algo queda claro de todo esto: nos cabe la responsabilidad de dedicar los mejores esfuerzos a la formación de profesionales, pero nos corresponde ir más allá de ellos para continuar avanzando en la construcción de esta identidad abierta. No es con la sola formación de comunicadores como lograremos la legitimación en nuestras sociedades. No podemos confiar a la acción de los graduados el reconocimiento social. No porque ellos no hagan algo, sino porque sus prácticas jamás serán suficientes.

Es conocida entre nosotros la ruptura que se produce entre los egresados y la universidad. En muchas carreras (y las nuestras no son una excepción) cuando se pregunta por aquéllos no hay casi nada de información. Los posibles legitimadores andan por la vida sin suelo nutritivo, sin un medio intelectual que los apoye y les

permita volver a recapacitarse. Desde nuestros establecimientos en general no practicamos la educación permanente, ni siquiera con los egresados.

Tenemos por delante una doble tarea: legitimarnos dentro de las universidades y legitimarnos en la sociedad.

El primer paso, en muchos puntos de la región, no se ha dado. Cuento un ejemplo extremo: en la Argentina venimos viviendo desde hace unos tres meses el proceso de categorización de los docentes investigadores universitarios. Para ello se presenta una lista de disciplinas, uno opta por la suya y pone a consideración antecedentes a fin de acceder a una categoría y ser alguien en la vida. Cuando me tocó llenar mis papeles no pude encontrar ninguna alusión a comunicación social. Terminé por presentarme en educación y otros amigos en filosofía, en literatura..., donde pudieron. Las listas de disciplinas fueron elaboradas por universitarios, algunos de los cuales tienen en sus instituciones carreras de comunicación. Primer dato terrible. Y un segundo, peor: las escuelas y facultades de mi país se enteraron que no existían en el concierto de las ciencias sociales cuando leyeron las listas. Y un último, ya de terror: no hubo modo de cambiar esa decisión.

La legitimación en la universidad no es sencilla, depende en primer lugar de juegos de poder y las ciencias sociales madres no suelen ser de las que ceden espacios a los recién llegados. No es cuestión tampoco de salir a exhibirse por los pasillos.

Mucho se está haciendo en este sentido a través de la interdisciplina. Toda la línea de trabajo sobre lo cultural, por ejemplo, permite encuentros y reconocimientos de aportes desde las respectivas miradas.

Otro camino de legitimación pasa porque nuestros establecimientos asuman la responsabilidad por la comunicación de la universidad toda. Digo toda y no la que se produce en alguna oficina de prensa o en un servicio de extensión.

Nos corresponde la responsabilidad de pensar la universidad desde la comunicación y asumir nuestro papel en la tarea de promoverla¹⁵.

Puesto que la legitimación en el seno de la sociedad no se logrará sólo a través de la presencia de graduados, corresponde a nuestros establecimientos, con el apoyo de la universidad de la que cada uno forma parte, desarrollar una labor permanente en esa dirección. Tampoco se trata de salir a las calles o a la pantalla para exhibirse. Pero sí de lograr una visibilidad creciente en distintos escenarios sociales. Uno de ellos es sin duda el de la educación, sobre todo cuando en un país se vive una reforma. En mi tierra estamos inmersos en una transformación educativa desde hace más de ocho años, pero las escuelas y facultades no se han dado en general por enteradas. Y el colmo es que la Ley Federal de Educación introduce por todas partes lo comunicacional.

Hemos perdido casi una década de oportunidades de legitimación en un ámbito que de a poco va siendo llenado en lo que a comunicación se refiere por otros especialistas. Ahora, tardíamente, han comenzado algunas iniciativas para formar profesores o para intentar algún polimodal en comunicación, artes y diseño. Pero no tuvimos una presencia activa desde un comienzo, nos faltaron iniciativas

institucionales para acompañar la transformación con formación de personas orientadas hacia la comunicación y la educación en lo relativo a diagnóstico, planificación y gestión, a producción de materiales, a docencia, a prospectiva para imaginar responsablemente escuelas en las cuales lo comunicacional signifique un elemento básico.

Estamos viviendo en el plano internacional un desarrollo irrefrenable de la educación a distancia sostenido por las innovaciones tecnológicas. Necesitamos mediadores de contenidos, especialistas con capacidad de expresión y con creatividad, productores de materiales a través de los recursos multimedia. Ese espacio se llena con educadores que a menudo improvisan la comunicación y con egresados de carreras de informática. Estamos ausentes como instituciones dedicadas a la comunicación, al menos en mi país, de ese movimiento que no cesará de crecer¹⁶.

La ciudad

No todo son ausencias. La ciudad se viene convirtiendo en objeto de estudio y de oportunidades de trabajo. En la Universidad José Simeón Cañas, la UCA, de El Salvador, el eje vertebral de toda la orientación en comunicación institucional es precisamente la ciudad. Y para ello se han firmado convenios con municipios a fin de vincular a estudiantes y educadores a situaciones sociales con toda su complejidad. La carrera ha asumido la responsabilidad por esos contactos y de a poco en el ámbito municipal comienzan a aparecer la noción y la acción del comunicador.

La legitimación no puede darse a través del esfuerzo excepcional de algunos profesores. Estamos ante un compromiso institucional tan importante como formar a un buen comunicador. Compromiso asumido, planificado y puesto en práctica como una labor permanente. Esto reclama una actitud de apertura al contexto social y de monitoreo constante a fin de reconocer oportunidades para la visibilidad y la legitimación.

Cualquier decisión en este sentido, sea hacia la educación, hacia los municipios y otras alternativas del vasto y complejo mundo en el cual siempre se está inserto, significa una estructura interna capaz de asumir determinada línea. Vuelven aquí la mirada y la práctica. Si éstas no alcanzan para comprender y actuar en lo educativo, difícilmente se podrá soñar nada en ese espacio de legitimación. Esto sin olvidar los obstáculos propios de nuestros establecimientos: pocas dedicaciones exclusivas, condiciones edilicias, acceso a bibliografía, grandes cantidades de estudiantes...

La inserción social

Por último: no concibo los ámbitos de legitimación sólo como campo laboral. No vamos a ellos en tren de adaptarnos a algunos requerimientos a fin de conseguir

empleo para nuestros egresados. Vamos para trabajarlos comunicacionalmente, para impulsarlos a pensarse desde nuestra mirada, para retarlos a reconocerse en lo comunicacional, para investigar, para acompañar, para proyectar futuro.

La legitimación, lo digo con muchos queridos amigos de América Latina, no consiste en una adopción refleja de demandas del mercado. La universidad está para atender a la vida social, nadie lo discute, pero no como un juego sumiso de reflejos, ni como una adaptación a lo requerido por algunos sectores. Atendemos demandas sociales para ir más allá de ellas.

Final

He planteado al comienzo de estas páginas que si algo nos merecemos quienes trabajamos en favor de la comunicación social es el respeto. Y éste comienza por nosotros mismos, respetarnos en lo que hacemos, en nuestras búsquedas, en nuestros errores. La necesaria crítica no debería ser confundida con el arte de arrasas las tierras hasta dejar sin sustento las raíces. Crítica y autocritica se practican para crecer, no para destruir.

Es desde ese respeto a nuestra práctica universitaria, a nuestro quehacer como comunicadores, a nuestras búsquedas, a nuestra memoria, que deseo proponer una última reflexión sobre responsabilidades y derechos de quienes formamos parte de este movimiento de comunicación social en América Latina.

Utilizo la palabra responsabilidad con toda su vieja y preciosa carga significativa. Y la relaciono, por ello mismo, a compromiso, misión, ética, elección, valores.

Veamos desde la universidad. Nuestra primera responsabilidad, en tanto institución y en tanto educadores, es con el aprendizaje de los estudiantes. Necesitamos recuperar las innovaciones pedagógicas en la enseñanza de la comunicación, innovar constantemente en formas de impulsar la expresión, la interacción, la lectura de situaciones comunicacionales, la comprensión de lo cultural... Es nuestra responsabilidad abandonar el viejo discurso universitario para abrir ámbitos de creatividad y de innovación¹⁷.

Esto no debería quedar en el terreno de las buenas intenciones. Tenemos ejemplos que demuestran su posibilidad, pero para ello es necesario abandonar el punto de vista fijo, el aislamiento y la fragmentación.

Nuestra segunda responsabilidad es por el destino de la institución universidad en un contexto internacional y nacional que se irá haciendo de más en más complejo. Subrayo: somos co-responsables, desde nuestro campo académico, por el destino de la universidad. Esto significa, como tareas, el análisis de la institución desde la comunicación, el apoyo para desarrollar políticas y estrategias comunicacionales, nuestra presencia en la comunicación interna, en la divulgación y en la transferencia, en la educación permanente, en la educación a distancia, en los medios propios y en la relación con los ajenos...

Veamos ahora desde la sociedad. Los planes de ajuste han profundizado aún más los abismos sociales que ya traían nuestros países. En el mío, la aplicación de leyes de mercado ciegas a los seres, ahora convertidos en números, ha sumido en la pobreza a más del 40 % de la población y muchas familias son hoy una caída en suspenso, como decía Sartre. La sociedad se viene defendiendo como puede dentro de todo tipo de emprendimientos en el seno del tercer sector. Pequeñas y medianas empresas, organizaciones no gubernamentales, radios ciudadanas y otros medios empeñados en apoyar a esos sectores, requieren de nuestra mirada y de nuestra práctica. Diagnóstico, planificación y gestión de la comunicación, producción en distintos medios, investigaciones en torno a cómo comunicar desde determinado ámbito de organizaciones, creación de redes y uso de tecnologías, son algunos de los aportes que podríamos ofrecer.

Añadimos a esto la responsabilidad por lo cultural en tiempos de concentración de medios y de *hacinamiento del receptor* en cierto tipo de relaciones comunicativas (Guillermo Orozco Gómez); la continuidad en las investigaciones para ofrecer a la vida social textos en los cuales leerse y en los cuales aclarar las interdeterminaciones a que está sujeta en su existencia cotidiana.

El sistema educativo viene siendo interpelado desde hace años y en muchos países las reformas avanzan con todos sus aciertos y problemas. El llamado de la UNESCO a las universidades para comprometerse con el resto del sistema es muy claro. Para nosotros el mismo se extiende a nuestro campo. Comunicación en los establecimientos, comunicación en la enseñanza y el aprendizaje, producción de materiales, incorporación de tecnologías, uso de medios, son algunos de los puntos que reclaman nuestra responsabilidad¹⁸.

Nuestra presencia en los vacíos creados por la retirada del Estado, en el campo de la comunicación para la salud, para el medio ambiente, para la lucha contra la discriminación, contra la cultura de la violencia, contra los horrores a que se somete a buena parte de la niñez en estos pueblos nuestros.

Nuestra presencia, en fin, en la vida social toda, en la cotidiana tarea de construir y reconstruir nuestras democracias, con el aporte de gente capaz de hacer buena prensa, profesional y éticamente.

Dejo abierto este cuadro de responsabilidades.

Vayamos ahora a nuestros derechos. Puesto que la comunicación es algo vital para la continuidad de la universidad, quienes formamos parte de ese campo académico tenemos en primer lugar el derecho a no ser abandonados. Una institución abandona cuando reduce al mínimo el personal con mayores dedicaciones, cuando no ofrece oportunidades de capacitación, cuando condena a docentes y estudiantes a espacios en algunos casos miserables, cuando paga salarios ínfimos, cuando no apuesta a un campo para desarrollarlo en todas sus posibilidades. Ese abandono nos condena a la precariedad en todos los frentes y es fuente de un empobrecimiento de las relaciones de enseñanza-aprendizaje. Respeto, entonces, reconocimiento del campo académico y de quienes le dan sentido.

Ligado a lo anterior, el derecho a enseñar y a investigar. No confundo enseñar con dar clases corriendo de un lugar a otro de la ciudad, ni investigar con la asignación de unas pocas horas a la semana para llenar una triquiñuela burocrática. Digo derecho a enseñar en el goce de hacerlo, en la pasión por la construcción en común, por el interaprendizaje, por la interacción y por el encuentro. Digo derecho a investigar con los tiempos e instrumentos necesarios, para permitir el vértigo de la búsqueda conjunta, de la construcción del campo y de la mirada.

Y el derecho a la alegría de comunicar, en las aulas, en los distintos escenarios de la universidad y de la sociedad. La alegría de ir más allá del viejo discurso universitario, de vivir la fiesta del lenguaje, de producir obra para la enseñanza y el aprendizaje, para la universidad, para la sociedad.

En el campo académico lo que cuentan son los seres, nosotros, nuestros estudiantes. La alegría de comunicar no surge de las buenas intenciones, sino del clima institucional y de la voluntad de comunicación de cada uno.

La noción de comunicador se extiende así a todos quienes enseñan, aprenden, producen y viven de la profesión de la comunicación. A todos quienes nos movemos en este torrente de transformaciones imposibles de sujetar y de definir.

No sé si estamos enmarcados en el mejor oficio del mundo. Pero de algo estoy seguro: la comunicación social constituye el campo académico y profesional más lleno de vida del mundo.

Daniel Prieto Castillo
Medellín, 11 de noviembre de 1998

¹ Universidad Pontificia Bolivariana, Facultad de Ciencias de la Comunicación AFACOM.

² Documento Base para el Plan de Desarrollo Institucional, Boletín "Cada 15 días", Mendoza, UNCuyo, 28 de septiembre de 1998.

³ Evaluación Institucional. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Ed. EDIUNC, 1996.2 vol.

⁴ Me formé inicialmente en comunicación en las redacciones, en ese mundo que pinta García Márquez en su texto "El mejor oficio del mundo". Me apropié de allí, para toda la vida, de una voluntad de comunicación sin la cual no puede entenderse la profesión de periodista. Pero fue en la universidad donde comprendí a fondo el sentido de esa práctica.

⁵ "Ya no parece ser posible entender los procesos de comunicación, a cualquier nivel que se los aborde, sólo como procesos de transmisión de mensajes entre un emisor y un receptor o grupo de receptores, que en el mejor de los casos podrán retroalimentar la fuente del mensaje", escribe Guillermo Orozco Gómez ("Desafíos pedagógicos de la formación profesional del comunicador: comunicación, modernización y democracia", en *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*, Jesús Galindo y Carlos Luna coordinadores, México, Ed. ITESO, 1995, p. 260). ¿Quién no coincide en eso? Pero todavía en no pocos establecimientos se continúan enseñando esos viejos juegos entre el emisor y el receptor.

⁶ "¿Qué significa en esa perspectiva el enorme y disperso crecimiento de canales de televisión y de la oferta de horas de programación, o el que en varios países de Latinoamérica haya más video-grabadoras que en Bélgica o Italia, si ello va acompañado de una reducción de porcentaje de

producción endógena y de una creciente homogeneización de lo que se importa?", señala con acierto Jesús Martín Barbero ("Globalización y multiculturalidad", en Fronteras de la Comunicación, Nº 19 de la revista Comunicación de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1998, pág. 77). En la Argentina, donde los monopolios poco van dejando fuera, en el mes de octubre de este año había en televisión una sola telenovela con actores nacionales. La desocupación de éstos es muy elevada.

⁷ En 1993 escribimos con Francisco Gutiérrez un libro dedicado a esos temas: *Mediación pedagógica para la educación popular*. La obra fue publicada en 1994 por Radio Nederland Training Centre, San José de Costa Rica.

⁸ Fueron años de una intensa producción de materiales. En lo personal, publiqué textos sobre diagnóstico de la comunicación, análisis de mensajes, diseño curricular para escuelas de comunicación, un manual de materiales para neoelectores, discurso pedagógico siempre pensado desde la comunicación.

⁹ Este punto es sin duda tema de discusión. Si el periodista se hace en los medios habría espacios de legitimación que no requieren de la universidad. De hecho ello sucede en muchos países. Y, además, la formación así entendida puede ampliarse. Citemos a Jesús Galindo: "En un primer momento no había campo académico, todo era oficios asociados a lo que hoy llamamos comunicación (y éste era un lío en sí mismo). En un segundo momento aparece una relación entre la universidad y lo profesional posible, es decir, es la universidad la que promueve la idea de profesión. En un tercer momento el campo profesional se configura por el efecto universitario, pero sin conciencia de sí mismo. En un cuarto momento lo profesional se separa de lo universitario, y lo universitario se separa de lo profesional. En un quinto momento, el actual, lo profesional busca su propia formalización sin dependencia de lo universitario, y lo académico perdiendo orientación se desgasta en la búsqueda de una definición que ya no le es exclusiva.". Tomado de "Hacia una reconstrucción reflexiva del campo académico de la comunicación", presentación del libro *Campo académico de la comunicación*, citado.

¹⁰ "La inexistencia de profesores de planta, la inadecuación de equipos y laboratorios, los diseños curriculares mal hechos, la ausencia de rigor académico en los procesos de enseñanza-aprendizaje, la carencia de sistemas de selección, la falta de desarrollo académico, investigativo y científico, son algunas de las circunstancias que caracterizan una situación dramática", escriben sin exagerar nada Gabriel Alba y Juan Guillermo Buenaventura ("Facultades de comunicación: en el ojo del huracán", en *Profesiones en crisis*, Nº 31 de Signo y Pensamiento, Bogotá, Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana, 1997).

¹¹ Gutiérrez Pérez, Francisco; Prieto Castillo, Daniel. *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*, San José de Costa Rica, Ed. RNTC, 1992.

¹² Responsabilidad que no siempre se ejerce. Retomo de un texto que publiqué en 1993: "Considero antipedagógico, en el ámbito de la educación en general, y en el de la enseñanza de la comunicación en particular, un sistema basado sólo en las sesiones expositivas, en un discurso expresado con pobreza, en la incapacidad de comunicar entusiasmo por la expresión; un sistema empecinado en desentenderse del contexto y del otro, empecinado, por lo tanto, en una mala abstracción de la vida y de la experiencia, guiado sólo por la pasión por el tema en sí, como si no hubiera nada que agregarle, como si nuestro espacio fuera algo vacío y no una práctica" (*La pasión por el discurso, cartas a estudiantes de comunicación*, Mendoza, Ed. Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo, 1993, p. 33).

¹³ Orozco Gómez plantea como desafíos pedagógicos del campo la formación de alguien capaz de innovar y transformar el propio campo, la posibilidad de ejercer la expresión y agudizar los sentidos de escucha y reflexión y la capacitación del comunicador para potenciar a su audiencia ("Desafíos pedagógicos de la formación profesional...", citado).

¹⁴ Toda una tarea: agregar valor comunicacional a un universo de lo virtual. "¿Qué sistema de comunicación es entonces el que, en contraste con la experiencia histórica previa, genera *virtualidad real*? Es un sistema en que la misma realidad (esto es, la existencia material-simbólica de la gente) es capturada por completo, sumergida de lleno en un escenario de imágenes virtuales, en el mundo del hacer creer, en el que las apariencias no están sólo en la pantalla a través de la cual se comunica la experiencia, sino que se convierten en la experiencia". Manuel Castells, *La era de la información*, Madrid, Ed. Alianza, 1997. Vol. 1, p. 406.

¹⁵ En el número de Signo y Pensamiento, ya citado, varios autores aluden directamente a la cuestión universitaria, como por ejemplo Raúl Fuentes Navarro, "Campo académico de la comunicación: desafíos para la construcción de futuro"; Mariluz Restrepo, "Con-formación universitaria en comunicación"; María Teresa Quiroz, "¿Empresarios que forman profesionales?".

¹⁶ La UNESCO dedica un apartado completo en su declaración a las nuevas tecnologías y a las posibilidades para la educación a distancia, en el horizonte de la democratización y de los derechos humanos.

¹⁷ Menciono nuevamente "Con-formación universitaria en comunicación", de Mariluz Restrepo, un texto pleno de sugerencias para romper con viejos moldes, y "¿Empresarios que forman profesionales?", de Teresa Quiroz, referida a las transformaciones curriculares de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Lima (Signo y Pensamiento: Profesiones en Juego, citado).

¹⁸ En Mendoza dirigí en 1994 un proyecto denominado Televisión en la Escuela, con el cual llegamos a más de 800 maestros. Se trató de una capacitación mediante la modalidad a distancia, a través de cinco módulos: La televisión, críticas y defensas; Apuntes sobre la imagen y el sonido; El relato televisivo; Los formatos televisivos, y La televisión y el niño.